

de la mañana, y se necesitó que naciesen edades utilitarias para que mentes limitadas, como la de Strabon, viesan lingotes de oro en esos rayos del Sol y el vellón de ovejas constelado de pepitas en el tesoro conquistado por Jason <sup>1</sup>.

Desde el punto de vista de los conocimientos geográficos de la época, es también muy provechoso estudiar las versiones dadas acerca del viaje de regreso de los Argonautas según los diferentes autores, líricos, dramaturgos ú otros. Todos esos poetas ó historiadores de un largo período épico se esfuerzan por comprender en sus narraciones el conjunto de las comarcas de la Tierra que les era conocido. Hesiodo nos dice que el Argo remonta el Phaso, después, llegado al gran río Océano, se hizo llevar por él alrededor del mundo hasta el sud de Libia, desde donde fué convoyado á través del desierto hasta uno de los golfos del Mediterráneo. Otro itinerario parte de la boca del Tanais para entrar en un circuito análogo por las puertas de Hércules. Pero el trazado que acaba por prevalecer es el que propone Apolonio de Rodas: hace penetrar el Argo en el Ister ó Danubio, de donde, por una serie de bifurcaciones fluviales, llega al Eridán ó Padus (Po), después al Rhodanus (Ródano); le conduce al país de los Liguros y de los Celtas, le hace recorrer el mar Adriático y el mar Tirreno, visitar la isla de Elba, escapar, cerca del golfo de Nápoles, ó en otra parte, al temible canto de las Sirenas, después á los peligros del estrecho de Mesina y remontar, en el continente libio, hasta el lago Tritón, que buscan los arqueólogos actuales en las costas de Túnez.

El mito de los Argonautas resume todos los conocimientos geográficos de los Griegos en la época en que comienza para nosotros la historia escrita del mundo mediterráneo. Es un documento histórico de primer orden al que se junta la narración de las aventuras de Ulises, y que corresponde al cuadro de los pueblos conocidos que nos ha conservado el *Genesis*; sólo que el resumen etnográfico transmitido por los Semitas presenta un carácter más estrecho. Los Hebreos tenían gran empeño en recordar su propia genealogía y en determinar sus relaciones, de parentesco ó de odio hereditario, con

<sup>1</sup> E.-H. Bunbury, *History of ancient Geography*, vol. I, p. 20.

los pueblos que les rodeaban; solamente estudiaban el mundo desde su punto de vista egoísta de nación escogida, mientras que los Griegos, más curiosos, solicitados por la pintoresca variedad de las riberas que se desarrollaban ante sí, comprendían las extensiones circundantes con intención más objetiva; trataban, no de glorificarse, sino de saber. Ese contraste es natural entre dos razas, una de las cuales habitaba un estrecho territorio rodeado por el desierto, y la otra, movilizada por su medio, cambiaba voluntariamente de residencia, yendo de un lado á otro sobre las cambiantes olas del Mediterráneo.

Los conflictos de intereses, las ambiciones rivales que debían producirse entre los pueblos, á ambos lados del mar Egeo, acabaron por producir una violenta ruptura de equilibrio: tal fué la guerra de Troya, en la que se vió á la mayoría de los Griegos occidentales, guiados por los Aqueos, llevar la guerra á las costas del Asia Menor y chocar allí durante largos años contra las poblaciones dardanelas de la comarca, emparentadas con los Tracios del Hoemus y con los Frigios de la Anatolia interior. No se sabe sino con la aproximación de un par de siglos, la época en que tuvieron lugar esos terribles conflictos cuya memoria se conservará siempre entre los hombres, gracias á los cantos de Homero y á las rapsodias; tampoco se tiene seguridad de que Troya, á cuyo rededor el cruel vencedor arrastró el cadáver de Héctor, sea una de las ciudades exhumadas por Schliemann sobre la colina de Hissarlyk: ninguna inscripción da autenticidad al descubrimiento del «tesoro de Príamo»; tampoco puede precisarse el sitio de Ilion en el tiempo ni sobre el suelo. Lo que es cierto es que el choque tuvo lugar y que puso en movimiento, como un huracán, las poblaciones de la Hélade y del Asia Menor; tampoco puede dudarse que las estrechas hondonadas del Simois y del Scamandro, que desembocan á la entrada misma del Helesponto, hayan sido los lugares de la lucha entre los combatientes; las ruinas, los túmulos funerarios, los restos de ciudades calcinadas atestiguan la importancia de los acontecimientos que se realizaron en otro tiempo en ese ángulo nor-occidental del Asia Menor. Tal vez puedan conciliarse las afirmaciones contradictorias de los sabios á propósito de los tiempos y de los lugares, admitiendo que hubo varias «guerras de Troya»; la epopeya de

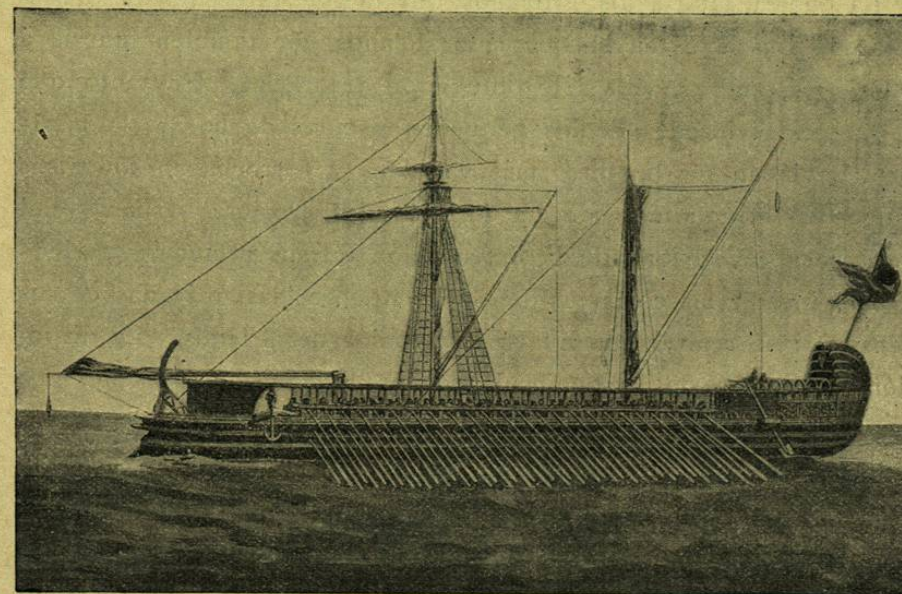
Homero simbolizaría entonces una época durante la cual los corsarios griegos hacían incursiones guerreras en esos bellos y ricos territorios de la Dardania. Unas veces vencedores, otras vencidos, acabaron por apoderarse de las fortalezas enemigas, y los Troyanos sobrevivientes tuvieron que buscar asilo en tierras extranjeras. Así proceden las naciones para resumir en una epopeya ó hasta en un simple mito todas las vicisitudes de un ciclo de la historia.

Si hemos de atenernos estrictamente á la narración de la *Iliada*, habría que creer en un parentesco muy próximo entre los invasores Griegos y los Troyanos. Hábitos y costumbres son los mismos de una parte y de otra; desde las laderas opuestas de las murallas se provocan los combatientes en la misma lengua; los dioses á los cuales se dirigen peticiones de socorro ó acciones de gracias, difieren unos de otros, pero todos tienen asiento en el mismo Olimpo. Ha habido historiadores que han pretendido con gran apariencia de razón, apoyándose sobre el texto preciso de los antiguos cantos, que no había diferencia esencial de raza ni de origen entre los ejércitos que se disputaban Ilion. Pero una epopeya no es una memoria histórica; transforma los acontecimientos que pone en escena; como el teatro, les da la misma lengua, les coloca en un mismo medio<sup>1</sup>; el interés popular lo exige; no hubiera podido tolerarse la intervención de un intérprete entre dos héroes que luchan, animados por pasiones furiosas. Así como en los libros de caballería Cruzados y Sarracenos se interpelan como si hablasen un mismo idioma, así también en el pasado de tiempos remotos el poeta no repara en hacer conversar como si fueran Griegos los guerreros de Troya y sus aliados venidos de las profundidades del Asia. Puede ser que en realidad el contraste de los idiomas, de los pensamientos y de las costumbres haya sido considerable entre los pueblos en lucha; quizá también, hasta cierto punto, la guerra de Troya simbolice un conflicto entre Europa y Asia, análogo al que se produjo durante las guerras médicas. Recuérdase el principio de las *Historias* de Herodoto; desde sus primeras palabras, el gran viajero, remontándose á los orígenes, establece una diferencia étnica entre los Europeos y los Asiá-

<sup>1</sup> L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, ps. 160 y 161.

ticos y hace á los Persas solidarios de los Troyanos; la causa de la enemistad hereditaria, según él, podría ser la ruina de Ilion por los Griegos.

Como quiera que sea, el ciclo de la civilización era ciertamente el mismo para todos los ribereños del mar Egeo, orientales y occidentales. Unos y otros habían pasado, hacía ya mucho tiempo, la



TRIRREME GRIEGA RESTAURADA

edad de la piedra; estaban todavía en plena edad del bronce, aunque probablemente se usasen ya las armas de hierro. Un hermoso verso que tres mil años no han podido envejecer, se presenta dos veces en la *Odisea* (XVI, 294; XIX, 13): «Por sí mismo el hierro impulsa al hombre». Esta palabra, que la misma repetición indica haberse usado como un proverbio, no pudo haber tomado ese carácter proverbial sino en un siglo en que, para batirse, los guerreros empleasen el hierro, el metal de que verdugos y soldados se sirven todavía para desgarrar las carnes y cortar miembros y cabezas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 230.

El testimonio de los mismos Griegos es unánime en hacer remontar hasta los Asiáticos el mérito del descubrimiento de la fabricación del hierro. Desde la más remota antigüedad, los mineros calibes, que vivían sobre las riberas meridionales del Ponto Euxino, hacia las bocas del Iris, eran famosos como fabricantes de armas, y hasta aprendieron á endurecer el hierro hasta cambiarle en acero; de donde se origina el nombre *chalybs* que tomó el nuevo producto.

La guerra, fatal á los Troyanos, que fueron exterminados ó vendidos como esclavos en los mercados lejanos, fué también funesta á los Griegos, que con ella sólo obtuvieron desgracias. En tanto que los pueblos civilizados de los pequeños Estados de la Grecia meridional enviaban sus hombres más valientes y derrochaban todos sus recursos en la conquista de un imperio, los Dorios, bárbaros del Norte, se aprovechaban de la extenuación de sus vecinos y parientes para invadir las comarcas del Sud, empobrecidas, privadas de sus defensores: se realizó una nueva emigración de Griegos. La disposición triangular de la península de los Balkanes debía tener por consecuencia comprimir los pueblos en la dirección del Sud; propagándose cada gran movimiento de las llanuras del Norte, ayudaba á las emigraciones que se hacían desde los valles de Hoemus y del Pindo hacia la Tesalia y el Epiro, y desde esas mismas comarcas hacia las orillas del golfo de Corinto y el Peloponeso. Así es como los Pelasgos se habían extendido por las comarcas del Sud, como los Argeos del Norte, agrupados al pie del Olimpo, habían emigrado hacia la península del Mediodía que llegó á ser la Argólida.

Homero apenas menciona los Dorios; estos pobres clanes de montañeses no solían ser contados en su época entre los pueblos de la Grecia propiamente dicha. Sin embargo, las disensiones de los Helenos cultos y la debilidad de los Estados meridionales, les suministraron la ocasión de tomar un ascendiente que duró algunos siglos. Guiados por príncipes áqueos, que pretendían ser «hijos de Hércules» y que querían volver á su patria como conquistadores, los Dorios abandonaron sus ásperas regiones para ir alegremente al saqueo de comarcas más favorecidas por el Sol. De rudos agricultores y pastores que eran, se hicieron, como ya hemos dicho, hombres de

matanza y de botín, á lo que su medio salvaje les predisponía ya; aprendieron á vivir, «no de la reja del arado, sino del hierro de la lanza»; tierras, esclavos, riquezas, pidieron todo á esa punta ace-

N.º 161. Ubi Troja fuit.



La dificultad de doblar la punta de Kum-Kalessi condujo á los marinos á establecer un camino de tierra entre la bahía de Bechik (Besika Bay) y la primera cala del estrecho de los Dardanelos. Este istmo es el que vigilaba Ilion.

rada que tenían en sus manos. Por lo demás, parece que ese modo de combatir les facilitó la victoria; contra los Aqueos, que se precipitaban en desorden á la manera de los héroes de Homero, comen-

zando por desafiarse é injuriarse mutuamente, los Dorios avanzaban en silencio, pegados unos á otros, como una muralla en movimiento<sup>1</sup>; era casi la falange macedónica algunos siglos antes de Filipo.

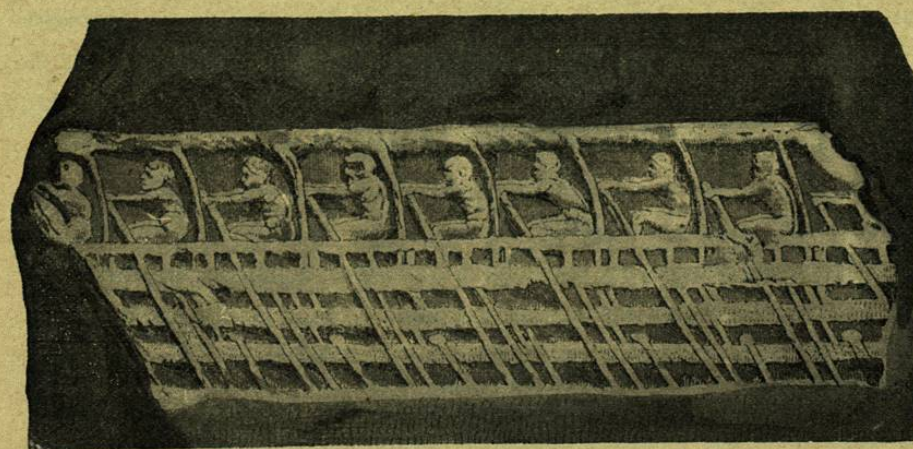
Las invasiones dorias se sucedieron probablemente durante muchas generaciones de hombres, y todos los indicios concuerdan para hacer de este éxodo la simple continuación de movimientos anteriores que habían traído los «Helenos» propiamente dichos, ó más bien los reyes conquistadores y jefes de guerra, entre los autóctonos de raza pelásgica. Los aristócratas, de grandes ojos azules, de cabellera flotante y dorada, de cráneo alargado, de nariz recta sin depresión en la raíz, esos hombres bellos, ágiles y fuertes que nuestros poetas y los escultores se complacen en representar, serían «Hiperbóreos», inmigrantes del Norte, hermanos de los Germanos y de los Escandinavos. Venidos en diferentes épocas, pero siempre como señores, se consideraban de buen grado como los Griegos por excelencia, aunque fuesen poco numerosos en proporción de los habitantes originarios, y que fuesen necesariamente condenados á perder su tipo, si no es quizá en Albania, por parecerse á los hombres morenos que constituían el fondo nacional. Á lo menos habían conservado su lenguaje, que pertenecía al tronco ario, como el de las poblaciones del norte del Irán.

Después de la gran conmoción debida á las invasiones dorias, denominadas la «vuelta de los Heráclidos», el equilibrio de la Grecia continental y del Peloponeso se hallaba completamente cambiado. Una «Doris» ó población dórica pura ocupaba la alta parte del circo de montañas donde nace el Cefiso beocio, entre el Kalidromos y el Parnaso: allí fué, ó más cerca de la antigua patria Tesalia, donde se establecieron los clanes dóricos que mejor guardaron las costumbres originarias, cultivando ellos mismos el suelo de los ásperos y pobres valles que habían conquistado. Pero el grueso del ejército invasor había penetrado más, se había apoderado de la Fócida hasta el golfo de Corinto; después, contorneando el Ática, valientemente defendida, había forzado las puertas del Peloponeso, en Megara, en Corinto, y rechazando, matando ó esclavizando las pobla-

<sup>1</sup> L. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, I, p. 169.

ciones residentes, por el derecho de la lanza, había hecho una tierra dórica de los antiguos reinos y comunidades pastorales del Oriente y del centro de la península.

La Argólida y la Laconia, sobre todo, llegaron á ser los centros de la dominación dórica, sin que, por otra parte, la raza de los conquistadores se conservase allí pura: después, hasta los mismos reyes de Esparta se vanagloriaron de su origen áqueo<sup>1</sup>. Las regio-



TRIRREME AFRACTA, GALERA SIN PUENTE DE TRES ÓRDENES DE REMOS  
BAJO-RELIEVE DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

nes del Peloponeso que, en todo ó en parte, escaparon á los Dorios, fueron las tierras montañosas del norte y del centro. Los Aqueos, rechazados en los valles del Cyleneo y del Erymanto, se estrecharon unos contra otros á la vista de las aguas del golfo de Corinto; los pastores arcadianos, acantonados en su fortaleza, en medio del Peloponeso, conservaron en muchos puntos el goce de sus bosques y de sus praderas, y si los Mesenios hubieron de acatar al fin la ley del atroz vencedor, al menos fué después de haber resistido heroicamente. En cuanto á la Elide, con sus bellas campiñas regadas por abundantes aguas, estaba completamente abierta á las invasiones dóricas, y fué, en efecto, sometida á reyes de la raza conquistadora, pero en virtud de un acuerdo con unas ciudades confederadas.

<sup>1</sup> Herodoto, *Histoires*, lib. V, 72.

Mucho antes que los juegos olímpicos llegasen á ser la fiesta por excelencia de Grecia, la Elide era un país venerado de todos, gracias á un santuario fundado por el mítico Pelops, que á los juegos públicos unía la santidad y la fama del templo. Debido á ello, la comarca fué relativamente bien tratada por los feroces Dorios, y después fué exceptuada durante mucho tiempo de las incursiones y de los saqueos, á pesar de las enormes riquezas que á la misma aportaban los fieles y los gimnastas. Del mismo modo, al lado opuesto del golfo de Corinto, el pequeño Estado sacerdotal de Delfos debió á la majestad de sus oráculos la conservación de su independencia y la adquisición de sus tesoros <sup>1</sup>.

Hasta más allá de los estrechos y el mar, los pueblos se desplazaron á consecuencia de la gran emigración dórica que, después de la toma de posesión de los puertos del Peloponeso, se prosiguió también sobre las aguas. Así los Jonios, sobrado comprimidos en el Atica, tierra demasiado estrecha para ellos, debieron, por consecuencia, dirigirse hacia las costas del Asia Menor en busca de nuevas patrias; á la orilla de golfos bien resguardados y sobre promontorios fáciles de defender, nacieron bellas ciudades, y algunas de ellas llegaron á ser grandes depósitos comerciales, lugares de estudio y de saber y ocuparon en la historia del pensamiento humano un lugar poco menos importante que el de la Atenas de Europa <sup>2</sup>. En esta parte del mundo antiguo se produjo, pues, un movimiento histórico muy poderoso, orientado de Oeste á Este, precisamente en sentido inverso de la supuesta marcha normal de la civilización, describiendo su trayectoria en la dirección de Occidente. La rica floración de cultura que se verificó en las penínsulas del Asia Menor tuvo ciertamente entre sus causas mayores este hecho considerable, que los desterrados voluntarios de la Grecia europea eran ante todo hombres excepcionales de iniciativa y de inteligencia. Cualesquiera que fueran, por otra parte, las felices condiciones del nuevo medio, las colonias fundadas por hombres á quienes en la adversidad sostenían fuertes convicciones ó pasiones enérgicas, brillaron siempre entre las colectividades políticas; pero ¡cuánto favoreció la Naturaleza en aquella circunstancia á aquellos hombres valerosos!

<sup>1</sup> Georges Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 8.

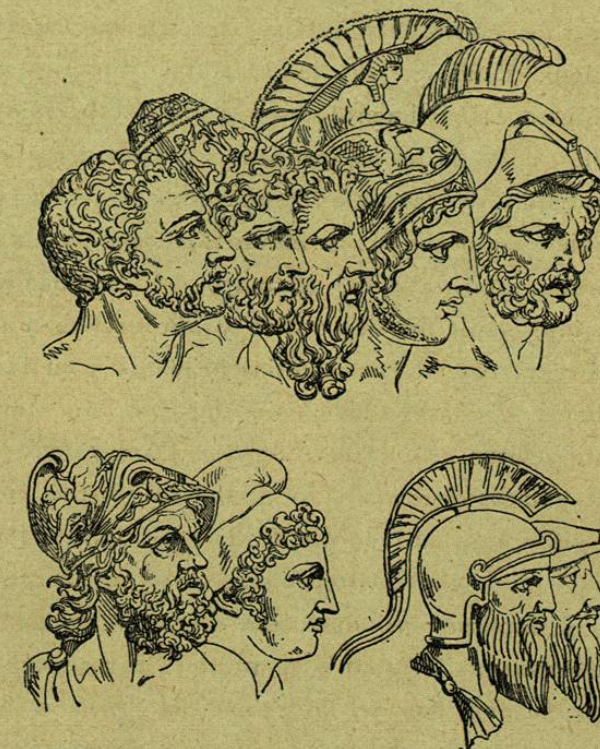
<sup>2</sup> Fr. Lenormant, *Les premières Civilisations*, vol. II, p. 423.

Las penínsulas de bellas riberas del Asia Menor, los valles fértiles que recortan el litoral, las islas que forman como una segunda orilla delante de la primera y le dan una sucesión de radas y de puertos naturales, todo ese conjunto que difiere por completo de la alta meseta anatolia, áspera, monótona, árida, y se desarrolla

en cuencas cerradas alrededor de bahías salinas, constituye en realidad un mundo aparte: es, en geografía, como lo fué en historia, una verdadera Grecia asiática <sup>1</sup>; pero esa otra Hélade se distinguía de la primera por la mayor extensión de sus proporciones. Las tierras del Asia griega tienen amplias campiñas de mucha mayor extensión y gran riqueza en aluviones generosos que las pequeñas y estrechas cuencas del Peloponeso y de la

Beocia. Ríos caudalosos les recorren, suministrando agua suficiente para el riego y abriendo caminos de comunicación fácil con las mesetas del interior y las lejanas poblaciones del Taurus <sup>2</sup>.

Entre todas las ciudades de esta Hélade de Asia, Mileto fué la que desarrolló más iniciativa é inteligencia por la extensión de su comercio y de su gloria. Bien es verdad que disponía de ventajas naturales de primer orden: situada en medio de los puntos de navegación que se extienden desde la entrada del Helesponto á la isla de



Según Pouqueville.

TIPOS DE HÉROES GRIEGOS

<sup>1</sup> Ernst Curtius, *Die Ionier vor der griechischen Wanderung*, p. 9.

<sup>2</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, ps. 304 y 305.